

Patricio Aylwin
EDUARDO FREI Y LA DEMOCRACIA
Acto Académico "Frei y la Democracia"
19 de enero de 1984



Hablar de **Frei y la Democracia** es tarea fácil, porque Eduardo Frei Montalva fue, en su pensamiento y en su vida, la encarnación de un verdadero demócrata.

1. EL PENSAMIENTO DEMOCRÁTICO DE FREI

1. Democracia y Humanismo

Frei creyó en la democracia como corolario natural de su fe en el hombre. La democracia fue para él —según sus propias palabras— "el camino de la dignidad humana". La buscó "sobre el concepto del humanismo, o sea, una democracia auténtica que exprese a la persona humana en su integridad: como sujeto de derechos, en lo político; como trabajador, en lo económico; como ser espiritual, que tiene un concepto de su destino, en lo cultural".

Por eso escribió, en plena guerra mundial: "Todos los hombres libres del mundo defienden la democracia, porque defienden con ella ciertas cosas esenciales que pudieran definirse como la dignidad de la persona humana. Están defendiendo la libertad individual, el respeto a la familia, la libre determinación de los pueblos, el derecho a expresar la propia opinión, disponer racionalmente de su destino y desenterrar el dominio del terror y la brutalidad organizada".

1114

Porque cree en el hombre —en todo hombre y no sólo en los que se estiman o son erigidos como superiores— Frei confía en la razón, en el poder de la verdad y de los valores morales, superior al de la fuerza, para decidir la conducta de las personas y de los pueblos.

Esta convicción lo lleva a decir: "Podrá equivocarse el hombre común en mil detalles y episodios; podrá no tener la opinión de los expertos en asuntos especializados; podrá a veces vacilar por las presiones del medio y el bullicio de la propaganda interesada; pero, en definitiva, los millones de ojos de los pueblos que miran, los millones de oídos de los pueblos que recogen hasta el más escondido rumor, miran y oyen en cuanto al rumbo esencial, mejor que los ojos y los oídos de un hombre solo".

Para Frei, "la democracia consiste, en definitiva, en creer que el pueblo es responsable, que tiene sentido común y que es capaz de juzgar respecto de las cosas fundamentales que definen la orientación de un país".

2. Democracia y Razón

Sabe muy bien Eduardo Frei que la creatura humana es débil y falible, siempre expuesta a "la tentación de renunciar a la razón y entregarse al instinto". De ahí su permanente empeño en apelar a su razón, estimular sus virtudes y ayudarlo a superarse.

Lo dice con vehemencia: "Nuestra fe en el pueblo está en decir la verdad; en ofrecerle un sistema de ideas, una fuerza moral, una concepción de vida; en hacer un llamado a sus facultades, a sus virtudes, porque la primera condición para elevar a un hombre es tratarlo como a un hombre y no engañarlo como a niños. El primer fundamento para construir una política popular es tener confianza en que el pueblo sabe comprender que la nueva sociedad de trabajadores será el fruto de un cambio en las estructuras sociales, en las mentes y una revolución en las almas".

Consecuente con lo anterior, "convencido de que la marcha ascendente del hombre en la historia pasa por un más acrecentado ejercicio de la razón y de la libertad personal", ve en la democracia "el único camino racional de progreso humano".

3. Democracia y Verdad

Esto exige de los dirigentes: "un nivel mínimo de honradez moral". Y, a su juicio, "la primera condición de esa honradez reside en una difícil, aunque aparentemente fácil tarea: decir la verdad y vivir conforme a ella".

“Cuando se habla de moral política —explica— muy a menudo se piensa en todo aquello que dice relación con el dinero. El problema es más de fondo; se refiere a aquella honestidad substancial que significa ser capaces de decir la verdad sin temor y sostenerla sin vacilaciones. La peor crisis de la democracia es producto de la cobardía para afrontar a la gente y decirle lo que realmente ocurre... El populismo y la demagogia, que se basan en la mentira, corrompen la democracia, y la mentira, como arma de poder, engendra la violencia.”

Frei es un amante de la verdad y la proclama como la base fundamental de la convivencia democrática. El respeto a la verdad es para él “el principio de todo orden, la única posibilidad de entenderse”. Piensa que “el reino de la mentira es el que todo lo corrompe y distorsiona”.

4. Democracia y Fraternidad Cívica

Pero no basta el solo respeto a la verdad. Para Frei, “cada día es más universalmente claro que la democracia, no obstante sus errores y limitaciones, lleva implícita un sentido de respeto, de comunidad, de solidaridad, de amistad, incluso de renunciamiento y prudencia para poder comprender y convivir, sin lo cual no hay justicia, no hay libertad, no hay solidaridad y no puede haber, por tanto, ni asomo de paz en las sociedades”.

Se trata de las virtudes inherentes a la fraternidad humana, gracias a las cuales las diferencias, controversias y dificultades entre los hombres no los convierten en enemigos ni les impiden respetarse ni estimarse o ayudarse recíprocamente. Gracias a ellas, la competencia democrática se humaniza y adquiere su verdadero significado: en vez de una simple lucha por el poder, es una emulación en el mejor servicio de la comunidad.

Es la práctica de estas virtudes cívicas lo que permite construir y mantener el consenso básico ampliamente mayoritario en torno a los valores y principios aceptados por la comunidad nacional que sirven de fundamento a la vida democrática.

5. Democracia, Justicia y Desarrollo

Para Frei “es imposible que exista democracia en una sociedad dual, donde coexisten dos mundos: el de una minoría que posee demasiado y el de una mayoría donde muchos carecen hasta de lo más esencial”. Sostiene que la democracia y las libertades no pueden subsistir si se mantiene la miseria. “Masas paupérrimas al borde de la desesperación,

desnutridas, analfabetas, oprimidas —dice—, no son elementos para una democracia”.

Consecuente con esos criterios, la democracia significa para Frei luchar por la justicia, promover la igualdad, impulsar el desarrollo económico, social y cultural de la comunidad nacional y abrir a todos acceso efectivo al bienestar, criterios que inspiraron su programa de gobierno concebido como una “revolución en libertad”.

Por lo mismo, Frei rechaza que se identifique a la democracia con el capitalismo, sosteniendo que “es esencial en la verdadera democracia la existencia de un sistema de contrapesos que impida que un solo poder asuma el control total de la sociedad y del hombre”.

6. Democracia: Libertad, Autoridad y Responsabilidad

Tenía Frei la convicción más firme de que la democracia “es el sistema que mejor garantiza el ejercicio de la libertad, la convivencia y el respeto a los derechos esenciales a toda persona, y le da al ciudadano mayores garantías que ningún otro régimen conocido en la historia”.

“Sus elementos constitutivos —escribe en “El Mensaje Humanista”— son universalmente conocidos: designación y renovación periódica de las autoridades a través del sufragio universal, en elecciones libres, secretas e informadas; descentralización y control del poder a través del Parlamento y otros contrapesos institucionales; derecho de asociación y reunión; libertad de opinión y expresión; respeto a las minorías; acceso de todos los sectores a los medios de comunicación; existencia de partidos políticos y posibilidades de alternancia en el ejercicio del gobierno. Todos estos requisitos —agrega— son copulativos y la ausencia de cualquiera de ellos amenaza o destruye el conjunto.”

Insistía Frei en que democracia y libertad no implican falta de autoridad ni debilidad de la misma. Para él, “una democracia sin autoridad no puede subsistir” y el gran problema es “encontrar la ecuación justa entre autoridad y libertad”, la que a su juicio “no puede ser estática”, por lo que resulta necesario “redefinir periódicamente sus términos”.

“La democracia —expresaba— debe ejercer sin vacilar la autoridad con el fundamento de que la ha recibido del pueblo”. Sobre esta base, un gobierno democrático ejerce el poder, no según el capricho irresponsable del gobernante —como ocurre en las dictaduras— sino en conformidad a la Constitución y a las leyes, debiendo responder ante ese pueblo del que lo deriva.

Frei ponía especial énfasis en la responsabilidad de todos los que ejercen funciones públicas, incluso los gobernantes, como una base esencial del sistema democrático.

7. Democracia y Participación

Pensaba Frei que "una democracia moderna, para ser operante, implica hoy cada vez más una mayor participación de las diversas comunidades que integran una nación en la gestión del desarrollo económico, social y cultural y, muy especialmente, una participación real de los trabajadores en las empresas".

8. Defectos y Perfectibilidad de la Democracia

Frente a los eternos críticos de los regímenes democráticos, que sólo ven sus fallas y vicios, Frei invitaba a "no confundir la democracia con sus defectos"; afirmaba sus valores cuya eficacia ha sido probada por el hecho de que "los pueblos más progresistas del mundo, los que han logrado más altos niveles de desarrollo, de estándares de vida, de creación científica, son los que viven en libertad", y confiaba en la posibilidad que siempre existe de perfeccionar la democracia.

"La perfectibilidad del sistema —escribió— consiste en que son posibles la crítica y el control y la continuada renovación de sus formas e instituciones para corregir y ampliar los ámbitos de la libertad, la práctica aplicación de los derechos de cada uno y la búsqueda de la justicia y de la igualdad básicas."

II. LA VIVENCIA DEMOCRÁTICA DE FREI

Hasta aquí hemos resumido, en apretada síntesis, las líneas principales de lo que Frei pensaba sobre la democracia.

¿Cómo vivía Frei esos conceptos?

Lo que puedo decir al respecto, es el testimonio de lo que personalmente advertí, en más de treinta años de amistad y estrecha colaboración con Eduardo Frei.

Sobre la base de esa experiencia, me atrevo a aseverar que todo lo expuesto anteriormente tuvo plena y rigurosa aplicación en lo que Eduardo Frei practicó en la realidad de su existencia.

Todos los valores que hemos señalado como consubstanciales a la concepción democrática de Frei, fueron efectivamente cultivados por él.

1. Fe en el Hombre

Frei creyó en el hombre. En el hombre común, cualquiera que fuera su origen, su nivel de educación o su status económico-social.

Esto era muy notorio en su trato con las personas. A todos saludaba francamente, con esa manera suya de tender su mano abierta y estrechar la de su interlocutor. Se trataba de un intelectual o de una pobladora, de un empresario o de un obrero, de un profesional, un estudiante o un campesino; por todos se interesaba, escuchándolos con atención; a todos sabía hablar un lenguaje que ellos le entendieran y para todos tenía casi siempre una salida cordial, alegre y esperanzadora.

El humanismo era, en Eduardo Frei, una expresión vital de su propia personalidad, inherente a su manera de ser, y se manifestaba espontánea y sencillamente, sin artificio alguno, en el respeto y consideración con que trataba a todas las personas.

Y también tenía fe en el pueblo como comunidad. Creía en el sentido común del hombre medio y en una especie de "sabiduría popular". Entendía que su función de servidor público lo obligaba a ser intérprete, conforme a su conciencia, del querer colectivo, cuya orientación procuraba auscultar y cuyos fundamentos se esforzaba por comprender.

2. Confianza en la razón

Del mismo modo, Frei tenía confianza en la razón, en el valor de las ideas, en la aptitud del hombre para orientar su conducta según los dictados de su pensamiento.

Esto era ostensible en su oratoria. Si bien ponía en su palabra el calor humano de su convicción, trasluciendo una sinceridad que abría las puertas al interés de sus interlocutores, se esforzaba por conquistar su comprensión y adhesión inteligente por medio de razonamientos simples y claros.

Jamás procuró deslumbrar con arranques de elocuencia artificiosa, ni menos mover las pasiones, instintos o apetitos de sus auditores. Tenía una natural tendencia a elevar el nivel de los debates y a suscitar en la gente ideas claras, sentimientos generosos y aspiraciones nobles.

3. Fidelidad a la verdad

Frei creía firmemente en la necesidad y eficacia de la verdad. Poco aficionado a las citas evangélicas, solía sin embargo repetir aquella de que "sólo la verdad nos hará libres".

Entendiéndolo así, se esforzaba por conocer la verdad y por que ella fuera divulgada a todo el mundo.

En esta convicción se halla, tal vez, la causa primaria de su apasionado interés por saberlo todo y, muy especialmente, por conocer lo mejor posible la realidad de nuestro Chile, de América y del mundo. Su preocupación por estudiar los

grandes problemas nacionales contribuyó a centrar en ellos el debate político y a que se dejaran en gran medida de mano generalidades, abstracciones y meros slogans o consignas.

Ese mismo amor a la verdad lo llevó a denunciar con vehemencia la manipulación de las informaciones por los medios de comunicación social, destinada a ocultar la verdad, total o parcialmente, o a tergiversarla.

4. Amistad cívica

Practicó Frei las virtudes cívicas de la tolerancia y el respeto al adversario. Definido en sus convicciones, claro en sus planteamientos, criticó con firmeza lo que creía malo para Chile; pero jamás descendió al ataque personal.

No fue correspondido de la misma manera. Quienes carecían de argumentos para rebatir sus razones, intentaron descalificarlo recurriendo a la difamación. Fue víctima de insidias y de campañas injuriosas con las que se quiso empañar su prestigio.

Aunque la injusticia, mezquindad y odio de esos ataques lo indignaban, respondió siempre con altura y sin perder serenidad.

Revestido interiormente por la coraza de la verdad y de la justicia, tenía la fortaleza propia de los apóstoles.

Recuerdo que un día me dijo, a propósito de quienes desesperan ante la malevolencia y las insidias: "Para actuar en la vida política se necesita tener cuero de elefante".

Frei, como el "Hombre" de Kipling, sabía "soportar que su frase sincera fuera trampa de necios en boca de malvados", y al ser "blanco de mentiras, esgrimir la verdad, o siendo odiado, no dar cabida al odio". Es que era un HOMBRE de verdad.

Dotado del "coraje que nace de la vida interior" y de ese "equilibrio para manejar el tema social valerosamente y sin perder el tino necesario al que maneja fuego" —virtudes que le alabó Gabriela Mistral—, Frei buscaba unir en vez de dividir, convencer más que derrotar, superar discordias por medio del consenso justo y razonable.

Pero el acuerdo entre los chilenos no era para él cualquiera transacción, en la que cada uno cediera cualquier cosa a cambio de mantener una tranquilidad aparente para que todo siguiera igual. Nada lo haría ceder lo que estaba convencido que era exigencia de la justicia y necesidad de Chile. Por eso, en una hora decisiva, no vaciló en jugarse la elección de Presidente de la República al definir, clara y terminantemente: "Ni por un millón de votos cambiaré una línea de mi programa".

Este gesto, de la más pura honestidad, no fue signo de intransigencia ni menos de soberbia; fue imperativo moral de claridad indispensable para que cada ciudadano pudiera elegir libremente sabiendo a qué atenerse.

Tanto fue así que, una vez elegido, el Presidente Frei tampoco vaciló en implorar al Congreso el apoyo necesario para cumplir las tareas que, al votar su programa, el pueblo esperaba de su gobierno, señalando humildemente que "no se humilla quien ruega en nombre de la Patria".

Esa misma exigencia de honestidad cívica lo llevó a rechazar, seis años después, el ofrecimiento que se le hizo para ser Presidente por otro período, sobre la base de una martingala que torcía o forzaba la voluntad del pueblo.

Es un lugar común atribuir a Frei y a la democracia cristiana haberse empeñado en gobernar solos, excluyendo cualquier alianza.

Así planteado, ese cargo es injusto.

Quien recuerde las circunstancias de la época, no podrá desconocer que si bien la democracia cristiana no se esforzó por compartir con otros el Gobierno, ningún otro partido estuvo dispuesto a gobernar con ella. Mientras unos anunciaron desde el primer día que negarían la sal y el agua al nuevo Gobierno, otros se opusieron desde la partida a sus proyectos de impuesto al patrimonio y de reforma del régimen constitucional de la propiedad para hacer posible la reforma agraria.

La historia juzgará. Dios sabe los esfuerzos que hizo Frei por concertar entendimientos y aplacar las pasiones y cómo ellos se estrellaron en oídos sordos.

5. Justicia, desarrollo y participación

Frei entendía el desarrollo nacional no sólo como un requerimiento de progreso, sino también como una exigencia elemental de justicia.

Su programa de desarrollo económico con simultáneo desarrollo social, era para él la forma de expandir y afianzar la democracia haciéndola real y tangible para las grandes mayorías populares.

La reforma agraria, la promoción popular y la extensión educacional eran caminos necesarios a fin de incorporar plenamente a la comunidad nacional, como sujetos activos y solidarios, a sectores hasta entonces marginados. La organización comunitaria del pueblo era abrir nuevos cauces de participación democrática. La chilениzación del cobre y los programas de industrialización nacional, tenían por objeto proporcionar las bases materiales al proceso de crecimiento e integración de Chile que Frei se empeñó en realizar.

6. Lucha por la democracia

Consciente de los defectos de la democracia chilena, Frei procuró corregirlos proponiendo reformas al régimen constitucional y procurando introducir la mayor racionalidad posible a la vida política chilena.

Cuando el sistema democrático se vio amenazado por el desvarío de quienes pretendían el "poder total" para imponer al país un modelo de sociedad que la mayoría no quería, Frei luchó con entereza, siempre por las vías democráticas, en defensa de la libertad.

Cuando la democracia fue quebrada, Frei explicó el hecho como consecuencia de la situación a que el país había sido arrastrado y reclamó, desde el comienzo, pleno respeto a los derechos humanos y a las conquistas sociales de trabajadores y campesinos y el pronto retorno a la democracia.

Cuando estos reclamos fueron desoídos y se estrellaron con la instauración de una dictadura cruel y reaccionaria, con pretensiones de eternizarse, Frei se consagró entero, con su inteligencia, coraje y generosidad, a la lucha del pueblo chileno por recuperar la democracia.

En esta lucha lo sorprendió la muerte, cuando su personalidad y su actuación lo proyectaban como el líder indiscutible de los demócratas chilenos.

¿Cómo entender los designios de la Providencia?

¿Era necesario que Eduardo Frei muriera para remecer y despertar la conciencia democrática de los chilenos?

¿Para que su mensaje y su ejemplo encarnen en su pueblo y se conviertan en realidad?

Estoy cierto que en nuestra lucha por la democracia él nos mira y ayuda desde la eternidad.